



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

MEMORIAS DE UNA PARED

Luis Alberto Henríquez Hernández



PRIMER PREMIO 2016

MEMORIAS DE UNA PARED

Título: MEMORIAS DE UNA PARED

Autor: VITRIOL

¡Ay! Si las paredes hablaran. Cuántas veces he escuchado esa expresión. Evidentemente, las paredes no podemos hablar, pero desde luego podemos hacer otras cosas. Somos testigos mudos de la historia con una memoria a prueba de la erosión del tiempo. Así, conservamos el eco de la evolución de muchas especies del planeta. ¿O acaso crees que las pinturas rupestres hechas en el paleolítico habrían llegado hasta nuestros días de haber sido realizadas en papel de alta calidad fotográfica de 270 g/m²? Es más, ¿crees en serio que se podrían haber conservado los restos de seres vivos extinguidos hace milenios de otra forma que no fuera en piedra? Ni la mejor nevera industrial habría logrado tamaño desafío.

Desde luego, yo no soy una pared tan importante. Apenas cuento con algo más de un cuarto de siglo de existencia. No he sido diseñada por ningún arquitecto famoso y tampoco he tenido la suerte de haber sido moldeada por ningún escultor de prestigio. Pero aún así, me considero una pared muy afortunada. Cuentan las crónicas que hubo que pelear duro para conseguir que el proyecto del que formo parte saliera adelante. Se dice que miles de personas salieron a las calles pidiéndolo. Se manifestaron. Se sentaron en mitad del asfalto cortando el tráfico y lucharon juntas por lograr algo que hoy es una realidad. Aquel día de San Fermín de 1982, la gente decidió expresarse al unísono, tal vez ayudada por el hecho de que ese día no había ningún partido de la fase final de aquel Mundial que se celebraba en nuestro país. ¡Ay! Si las paredes hablaran. Solo ellas guardan el recuerdo certero de lo acontecido aquel día, que se volvió a repetir 6 años después, un 21 de mayo de 1988 – sin Mundial como excusa – logrando que nuestra sociedad cambiara para siempre.

Soy una pared modesta. Pero soy una pared orgullosa, ya que formo parte de los cimientos sólidos que conforman esta Universidad. Unos cimientos hechos no solo de hormigón y cemento, sino de coraje, ilusión y fuerza. Ante mis ladrillos he visto pasar chaquetas con hombreras, cinturones anchos y *americanas* con coderas; universitarios con *walkman* y camisas de cuadro anudadas a la cintura; chicas con tupé y laca. En solo 25 años han cambiado tantas cosas... No solo en lo referente a la moda de alumnos y profesores. Esta Universidad ha cambiado y, como pared sincera que soy, me

atrevo a decir que para mejor. Después de tanto tiempo me he decidido a compartir con ustedes algunas de mis experiencias porque, aunque las paredes no hablamos, sí podemos escribir.

Sin duda, ésta es una Universidad joven. Pero eso no tiene por qué ser algo malo. *Juventud, divino tesoro*, dice la sabiduría popular. Ser joven implica ser inexperto, cometer errores y necesitar madurar. Pero también implica energía, voluntad y ganas de crecer para lograr objetivos. Lo que en ningún caso significa es falta de sabiduría y de sapiencia. Desde el principio, esta Universidad contó con profesionales de gran nivel. Profesores por vocación y pioneros en la investigación. Aún recuerdo a muchos de aquellos primeros catedráticos. Los reconocías por su rictus severo y esa áurea de conocimiento que parecía envolverles. Cuántas escenas no habré visto en tantos pasillos de tantas facultades en las que el alumno dubitativo se dirigía al profesor con la mirada baja y un tono de respeto que, en muchas ocasiones, rozaba el temor, en busca de luz para resolver sus cuestiones. Sin duda, los mejores profesores, los mejores de los mejores, son aquellos que, abordados por los alumnos en los pasillos, se paran a intercambiar unas palabras, se miran a los ojos y se despiden ambos con la sensación de haber crecido como profesor uno y como alumno el otro. De ese tipo de profesores no hay muchos, ni ahora ni antes. Hoy hay muchos más profesores en nuestra Universidad que forman parte del cuerpo de catedráticos. Acceden antes, en ocasiones demasiado pronto. Y ya sabes, la juventud implica casi siempre la necesidad de madurar. En cierta forma echo de menos aquellos personajes canosos, con maletín de cuero abultado y ojos vivaces. No me cabe duda de que muchos de ellos marcaron el destino de algunos estudiantes afortunados que tuvieron la suerte de recibir sus clases. No obstante, también hay otros que marcaron el destino de los estudiantes de una forma muy diferente, y serán recordados por lo severos e injustos que a veces fueron. Profesores que no transmitían respeto sino miedo. Aquellos a los que el aprendizaje de sus alumnos poco les importaba. Afortunadamente, de ese tipo había pocos y hoy hay todavía menos. Parte de aquellos primeros profesores y catedráticos están hoy cercanos a la jubilación y una nueva generación de docentes ha tomado el relevo. Sangre joven, vital, activa y con ganas de dejar huella en esta Universidad. Profesores noveles que se forman para ser mejores profesores, que buscan nuevas formas de enseñar adaptadas a una sociedad que sin duda ha cambiado. Recuerdo con cariño como la docencia ha evolucionado desde la pizarra y la tiza como único soporte de formación, a las modernas pizarras digitales. Recuerdo un tiempo en el que los profesores andaban por los

pasillos con una especie de quequera bajo el brazo que albergaba decenas de diapositivas que eran proyectadas en aulas en tinieblas, y que hacía aquel característico ruido cuando una diapositiva daba paso a la siguiente. Aquellas quequeras eran a veces sustituidas por arcaicos retroproyectores de luz en los que podían visualizarse aquellas transparencias estáticas, que luego servían de apuntes a muchos alumnos. Algo más tarde, los ordenadores entraron en las aulas, y las clases fueron animadas y dinamizadas con el *poder del punto*. Antes era fácil saber quién era el profesor y quien el alumno: bastaba con mirar las manos y ver quien las tenía manchadas de tiza. Los profesores de aquellos años tenían las manos manchadas. Como asesinos. Asesinos de ignorancia. Hoy en día, muchos alumnos manejan mejor que sus profesores algunos soportes informáticos. No obstante, en algunos lugares quedan todavía quienes usan la pizarra de forma magistral.

Algo que sí echo de menos absolutamente son los libros. Me encantaba ver a los alumnos de las diferentes facultades corriendo de un lado para otro cargados de libros. Me gustaba la manera en que los libros se amontonaban en las mesas de las bibliotecas, abiertos aquí y allá, mostrando contenidos diversos, complementarios y valiosos para los estudiantes. Libros que permanecían temporadas estoicamente firmes en las distintas bibliotecas para un día comenzar a ser demandados en masa cuando la fecha de los diferentes exámenes se acercaba. El saber sí ocupa lugar. Un lugar cada vez más grande. Porque año tras año las pequeñas bibliotecas fueron creciendo y el número de libros aumentando. ¡Cuántos más mejor! Algo parecido ocurría con las revistas científicas, que llegaban a cuentagotas mes a mes, bajo suscripción y desde lugares remotos del planeta. Ciencia de primera línea que era devorada por los investigadores más curiosos. ¿Alguien recuerda aquellas estanterías móviles que se desplazaban por raíles accionadas por una especie de timón o volante, y que contenían de manera ordenada todo el historial de revistas que llegaban en papel? Se podía sentir la emoción de aquellos que esperaban encontrar ansiosos ese número específico que contenía ese artículo concreto que tan importante era para el devenir de sus experimentos. Esa sección de la biblioteca solía estar siempre oculta, en los sótanos, donde el silencio solo era roto por el zumbido de los fluorescentes en el techo y el murmullo del conocimiento almacenado. Hasta allí bajaban los hambrientos de saber para saciar su deseo, y allí volvían periódicamente hasta que las nuevas tecnologías permitieron un acceso directo y rápido a toda esa información. El olor del papel satinado ha sido sustituido por megas de información. Un gran avance, sin duda. Pero una pared melancólica

como yo siempre echará de menos el romanticismo del conocimiento manuscrito. Hoy, las bibliotecas están igual de llenas que antes. Y eso no ha cambiado. Cientos de alumnos acuden cada día y a cada hora a estudiar en ellas. Tras tantos años contemplándolos, puedo decir que el ritual apenas se ha modificado. Los asiduos gustan de sentarse siempre en el mismo sitio, acuden a las mismas horas, equipados con una gran botella de agua, los apuntes y el resto de accesorios. Ellos: bolígrafo, papel, calculadora. Ellas: lo mismo más un estuche con marcadores fluorescentes de todos los colores. Los alumnos no han cambiado. El ritual de estudio sigue siendo el mismo. Por mucho que haya cambiado el sistema de aprendizaje solo hay una forma de aprender: estudiando. Los alumnos no han cambiado, pero sí ha cambiado el número de alumnos. Porque ahora acuden a la Universidad muchos más alumnos que antes. Ahora todos tienen la oportunidad de recibir una educación superior sin tener que recorrer cientos de kilómetros para ello. ¿Cuántas veces he escuchado en los últimos tiempos eso de que estudiar en la Universidad no sirve para nada? Que el futuro es incierto y que tanto esfuerzo será baldío... Ciertamente, el futuro es incierto y no siempre los esfuerzos se ven recompensados proporcionalmente. ¿Acaso alguna vez lo fue? ¿Acaso en algún tiempo pasado todo era más fácil y sencillo? Son pensamientos injustos que solo contribuyen a la frustración y el desánimo. Solo con esfuerzo, ganas y trabajo se consigue lo que se desea, tal y como sucedió hace casi 35 años cuando toda esta historia empezó.

Soy una pared que ha tenido la fortuna de exponer las notas de miles de alumnos matriculados en cientos de asignaturas de decenas de licenciaturas, diplomaturas o grados. Ante mis ojos han desfilado los mejores estudiantes de esta Universidad. Expedientes immaculados llenos de honores y conseguidos con muchísimo sacrificio. Algunos de ellos tan grandes que fueron premio nacional fin de carrera. He podido contemplar el rostro de los estudiantes cuando se acercan al panel para mirar sus notas. Es uno de mis momentos preferidos del año. Esas caras de tensión, de miedo, de ansiedad. Algunos de ellos afrontan el reto en solitario, otros lo hacen en compañía. Unos afrontan el momento de manera fría, otros acompañados de amuletos y plegarias. Me encanta observar cómo una cara demudada se transforma en alegría desbordada, cómo una boca fina y prieta se transforma en una sonrisa directamente proporcional a la nota obtenida. Disfruto con esos momentos, especialmente cuando son compartidos entre varios estudiantes. La alegría conjunta se multiplica mientras que la tristeza colectiva se divide en el caso de que la nota no fuera la esperada o la

merecida. Esos momentos contienen la esencia del compañerismo entre colegas y amigos. La base de muchas amistades que como las piedras, son a prueba de la erosión del tiempo.

Personal de administración y servicios, personal de seguridad, de mantenimiento y de limpieza; estudiantes de grado, posgrado y máster; personal docente e investigador; decanos, vicedecanos, vicerrectores y rectores; hombres y mujeres; jóvenes y no tan jóvenes... Cada uno es un ladrillo sólido de una entidad que es parte elemental de nuestra sociedad. Una institución que forma y transforma, que crece y enriquece a las personas que por ella pasan. ¡Ay! Si las paredes hablaran. Si yo pudiera hablar, lo haría para hacer recordar que hace no tanto nuestros jóvenes tenían que irse para poder estudiar, algo que solo estaba al alcance de una minoría; lo haría para evitar olvidar que esto que tenemos fue fruto de un gran esfuerzo colectivo. Cualquier tiempo pasado no fue mejor. Lo mejor está por venir. Pero solo será así si nos esforzamos. Porque lo único que era mejor antes que ahora es la música. Y es que las paredes no hablamos, pero vaya si escuchamos.